

trompeta a sí y a los otros, y para anunciar de antemano las desgracias que se avecinan. “Porque si viniendo la espada —dice el Señor— el centinela no tocare la trompeta, y la espada que vino arrebatara un alma, esa alma por su propia iniquidad fue arrebatada; mas yo reclamaré su sangre de mano del centinela” (Ez. 1, c).

Al sacerdote se le pide pureza angélica.

Basta ya, pues, de empujarme a un castigo tan inevitable: que no se trata aquí de la dirección de su ejército ni del gobierno de un reino, sino de negocio que requiere angélica virtud. El sacerdote, en efecto ha de tener un alma más pura que los rayos del sol, a fin de que jamás le abandone el Espíritu santo y pueda decir: “Vivo yo, mas ya no yo, sino que Cristo vive en mí” (Gal., 2, 20). Los que moran en el yermo, lejos de la ciudad y de la plaza y libres de los ruidos de una y otra, gozando siempre de la paz y tranquilidad del puerto, no por eso presumen de seguridad por aquel género de vida, sino que buscan mil otras guardas, y se amurallan por todas partes y se esfuerzan en alcanzar la mayor perfección en todas sus obras y palabras, a fin de poderse acercar a Dios con aquella confianza y pureza que cabe en lo humano. Pues, ¿qué tan grande crees que habrá de ser la fuerza y violencia que necesita el sacerdote para arrancar su alma de toda mancha de impureza y conservar incontaminada la hermosura de su espíritu? Porque no cabe duda de que mucho mayor pureza se le exige al sacerdote que a los monjes. Y es el caso que a quien mayor se le exige, está expuesto a mayores peligros, en que forzosamente ha de mancharla, si con asidua vigilancia y decidido propósito no hace su alma inatacable a toda impureza. Porque la gracia del rostro y la elegancia de los meneos, el cuidado del andar, las modulaciones de la voz, los afeites de ojos y mejillas, la compostura de los rizos, las tinturas de los cabellos, el lujo de los vestidos, los adornos de oro, la hermosura de las perlas, el perfume de los ungüentos y tantas otras invenciones del femenino sexo, cosas son capaces de trastornar el alma, si con mucha austeridad y templanza no está antes bien endurecida.

Peligros por todas partes.

Pero nada tiene de extraño que todas esas cosas nos perturben; mas que pueda el diablo derribar y atravesar con sus dardos las almas

de los hombres con cosas contrarias a esas, eso sí que es para admirarse y sorprenderse y quedarse uno completamente sin saber qué pensar. Porque ya ha habido, en efecto, quienes lograron escapar de las redes aquellas y se dejaron coger en otras absolutamente distintas. La cara sucia, el cabello descompuesto, el vestido andrajoso, la figura desgarrada, la sencillez de costumbres, el hablar sincero, el andar inafectado, la voz no compuesta, el vivir pobre, el amor a la humillación, la ausencia del valimiento, la soledad, todo ello pudo primero mover a lástima al que lo miraba, y luego pudo tomar de ahí principio su total perdición. Y así los que escaparon de las redes tejidas de oro y ungüentos y vestidos preciosos y demás que arriba dije, cayeron fácilmente en esotras tan distintas y aquí perecieron. Pues siendo así que lo mismo pobreza que riqueza, adorno o descompostura, vida arreglada o desarreglada, y todo, en fin, cuanto antes enumeré es incentivo de guerra para el que lo contempla y por todas partes nos rodean las maquinaciones del enemigo; ¿qué tregua y respiro podrá tener, cercado que está por doquiera de lazos? ¿Dónde hallará un escondrijo, no digo para no ser cogido a la fuerza (que esto no es absolutamente difícil), sino para conservar su alma limpia de todo pensamiento impuro? Y dejo a un lado los honores, que son origen de males innumerables. Los que puedan hacernos las mujeres, amortíguense con la asiduidad de la templanza, y aun así, muchas veces derriban a los que no están muy alerta contra sus asechanzas. Mas si el honor viene de los hombres y el que lo recibe no tiene alma de verdad magnánima, se apoderan de él dos contrarias pasiones: Por un lado, una vil servidumbre de adulación, y por otro, la altanería de la arrogancia. Tiene, en efecto, que someterse a los que le adulan, y engreído por los honores que sus aduladores le tributan, desprecia a sus inferiores y se precipita así en el abismo de la soberbia.

Ventajas de la vida solitaria.

Todo eso te lo digo yo ahora; mas cuán grande sea el daño que produce, nadie lo puede saber, si no pasó por ello. Aparte de que no es eso solo, sino otras muchas cosas y mucho más peligrosas, las que por fuerza han de sobrevenir a los que están constituidos en públicas dignidades. En cambio, el que ama el yermo, libre está de todos esos inconvenientes. Puede ser que una fantasía absurda le quiera pintar

algo por el estilo; pero la imaginación tiene poca fuerza, y si de fuera no le traen los ojos leña con que cebar el fuego, fácilmente se apaga. Y, en todo caso, el monje no teme sino por su propia salvación; y si ha de preocuparse también de los demás, son éstos muy contados, y dado caso que sean muchos, siempre son menos que los fieles de una Iglesia, y menos también los cuidados que dan a sus prelados, no sólo por su menor número, sino, sobre todo, por estar desligados de todas las cosas del mundo y no tener que atender a mujer e hijos ni cosa semejante. Y otra cosa hay que los hace extraordinariamente dóciles a sus superiores, a saber, la vida común, dado caso que de este modo pueden observarse y corregirse exactamente las faltas, cosa tan importante para el adelantamiento en la virtud, como quiera que la presencia del maestro sea siempre de grande utilidad.

La semilla entre espinas.

Mas la inmensa mayoría de los súbditos del sacerdote se hallan trabados por los cuidados de la vida, y eso los vuelve más flojos y perezosos para la práctica de las cosas espirituales. De donde resulta que el sacerdote tiene que estar de sementera, por decirlo así, cada día, a fin de que, siquiera por lo continuo de la siembra, prenda en los oyentes la palabra de la doctrina. Porque, en efecto, la excesiva riqueza, la grandeza del poder, la molicie nacida del placer y muchas cosas más, ahogan la semilla sembrada; y aun muchas veces brotan las espinas con tal espesor que no la dejan ni asomar a flor de tierra. Y al revés: El exceso de agobio material, la necesidad de la pobreza, las incomodidades continuas y muchas cosas más contrarias a las antedichas, apartan también a los que las sufren del cuidado y empeño por las cosas divinas. Finalmente, el sacerdote no puede tener noticia ni de una mínima parte de los pecados de sus súbditos. ¿Y cómo la va a tener, si a la mayor parte no los conoce ni de vista?

El sacerdote, embajador ante Dios, de todo el mundo.

Tal es la dificultad que al sacerdote presenta el ministerio para con el pueblo; mas si consideramos lo que atañe al trato mismo con Dios, veremos que todo lo dicho no es nada en su comparación.

¡Tanto es mayor el cuidado y perfección que el trato con Dios requiere! ¿Pues qué tal ha de ser aquel que está constituido embajador ante Dios por la ciudad? ¿Mas qué digo por la ciudad? De toda la tierra más bien, y con su oración ha de volverle propicio por los pecados de todos, no sólo de los vivos, sino también de los difuntos? Yo, por mi parte, opino que ni la confianza de Moisés ni la de Elías basta para una súplica de esta naturaleza. Porque el sacerdote se acerca a Dios como si el mundo entero le estuviera a él confiado y fuera el padre de todos; y así ruega a Dios que extinga de todas las partes las guerras, que apacigüe los tumultos, que conceda la paz y la prosperidad y libre a todos prontamente de los males que les amenazan, así públicos como privados. Ahora bien, el que por todos ruega debe en tanto grado sobresalir sobre todos y en todo, cuanto el que manda ha de estar por encima de los subordinados.

Grandeza y dignidad del sacrificio del altar.

Mas, ¿en qué orden y jerarquía, dime por tu vida, pondremos al sacerdote cuando invoca al Espíritu Santo y realiza aquel tremendo sacrificio y toca continuamente con sus manos al universal Señor de todas las cosas? ¿Qué pureza, qué reverencia no le exigiremos? Considera, en efecto, qué tal hayan de ser aquellas manos que administran estos misterios, qué tal la lengua que esas palabras pronuncia, qué pureza haya de superar la pureza, qué santidad la santidad del alma que alberga tan soberano Espíritu. En ese momento, hasta los ángeles rodean al sacerdote, y todo el altar y todo el lugar del sacrificio se llena de potestades celestes para honrar al que allí está puesto. Y para creer esto, basta considerar las cosas que allí se cumplen entonces; mas yo oí referir a uno que lo había oído de un anciano venerable y que tenía gracia de recibir frecuentes revelaciones, cómo una vez se le concedió tener una revelación sobre esto. Vio en un instante, al tiempo del sacrificio, en cuanto cabe verlos, una muchedumbre de ángeles, vestidos de ropas resplandecientes que rodeaban el altar e inclinaban sus cabezas, como si fueran soldados que están en presencia del Emperador. Y yo no tengo dificultad en creerlo. Y otro me contó también, ya no como cosa sabida de tercero, sino que fue digno de ver y oír el mismo, cómo a los que están para salir de este mundo, si con pura conciencia han participado de los divinos misterios, los ángeles

les hacen guardia y una vez que han expirado, por reverencia de Aquél que en el Sacramento recibieron, los trasladan de aquí a los cielos. ¿Y tú no tiembles todavía de introducir a misterio tan sacrosanto un alma como la mía y de llevar a la dignidad sacerdotal a quien está vestido de ropas sucias, cuando Cristo arrojó a otro tal del coro de los convidados? (Mat. 22, 13).

El sacerdote, luz y sal de la tierra.

El alma del sacerdote ha de brillar como una luz que esclarece a toda la tierra; mas la mía de tal manera está rodeada por las tinieblas de su mala conciencia, que está siempre hundida y no tiene valor ni para levantar los ojos a su Señor. Los sacerdotes son la sal de la tierra; mi ignorancia, en cambio, y total inexperiencia, ¿quién podrá soportarla con paciencia, a no ser tú, que me has amado siempre con exageración? Porque el sacerdote no sólo ha de estar dotado de aquella pureza que conviene a su altísima dignidad, sino que sobre eso ha de ser prudente en grado sumo y experto en muchas más cosas. Debe por una parte conocer los negocios seculares no menos que los mismos que los manejan; por otra, estar más desprendido de todo que los monjes que habitan los montes. El sacerdote tiene que ser multiforme, pues ha de tratar con hombres que tienen mujeres, que crían y educan hijos, que poseen criados, que nadan en riquezas, que entienden en públicos asuntos, que ejercen magistraturas; multiforme, repito, pero no astuto, ni adulator, ni hipócrita, sino lleno a la vez de libertad y confianza, que sepa atemperarse útilmente, cuando así lo exijan las circunstancias, y ser juntamente condescendiente y austero. Porque no es posible tratar del mismo modo a todos nuestros subordinados, como tampoco los médicos llevan a todos los enfermos por la misma ley, ni el buen piloto sabe un solo medio de combatir las tempestades. Porque también a esta nave de la Iglesia la combaten por doquiera las tormentas; tormentas, por cierto, que no se desencadenan sólo fuera, sino que se engendran también dentro de ella. Por lo que muy necesario es saberse atemperar y andar muy diligente. Mas todo ello, aun distinto en sus medios, sólo tiene un fin y a un solo blanco apunta: La gloria de Dios y la edificación de la Iglesia.

Comparación entre el monje y el sacerdote.

Grande es la lucha que emprende el monje y mucho su trabajo; mas si comparamos sus fatigas con las que exige el ministerio sacerdotal bien llevado, encontraremos va de unos a otros la misma diferencia que de un particular al rey. Porque si es cierto que entre los monjes el trabajo es mucho, también lo es que se reparte entre el alma y el cuerpo, o por mejor decir, la mayor parte se funda en la buena disposición corporal, de manera que si el cuerpo no es robusto, todo se queda en deseos, ya que no es posible llevarlo a la práctica. En efecto, los rigurosos ayunos, la cama dura, las vigiliass, la privación de baños y lavado, el trabajo de manos, con todo lo demás que se ordena a la maceración del cuerpo, todo desaparece si el cuerpo mismo que hay que castigar no es suficientemente fuerte. Mas en el ministerio sacerdotal, todo es arte puro del alma, y si ésta quiere mostrar su virtud, para nada necesita de la robustez corporal. Porque, ¿qué tienen que ver las muchas fuerzas del cuerpo con que no seamos contumaces, ni coléricos, ni temerarios, sino sobrios, prudentes, moderados y todo lo demás que nos pinta San Pablo al trazarnos la imagen del perfecto sacerdote? (I Tim. 3, 2). Lo cual difícilmente puede decirse de la virtud del solitario. Porque lo mismo que los prestidigitadores tienen que andar cargados de muchos instrumentos: Ruedas, cuerdas espadas; el filósofo, en cambio, lleva toda su arte metida en su alma y de nada exterior necesita; así pasa aquí también. El monje necesita, ante todo, de buena complexión corporal, y luego lugares apropiados para ese género de vida. Esos lugares no han de estar demasiado alejados del trato de los hombres, y por otra parte, han de ofrecer las ventajas de la soledad y tranquilidad y ser, finalmente, de clima templado; pues nada hay tan insorportable al que está ya consumido por los ayunos, como las inclemencias del tiempo. Y no tengo por qué hablarte ahora del cúmulo de preocupaciones que trae al monje tenerse que buscar vestido y comida, empeñados como están en fabricárselo todo por sus manos. De todo lo cual está el sacerdote libre, pues en nada se distingue del común de las gentes, siempre que no haya en ello inconveniente, y toda su ciencia la tiene repuesta en los tesoros de su propia alma.

Requíerese en el sacerdote mayor fortaleza que en el monje.

Mas si alguno tiene por cosa maravillosa aquel estar siempre sobre sí y huir del trato de las gentes que los monjes ejercitan, tampoco yo niego que eso es prueba de fortaleza de alma; pero afirmo que no es testimonio bastante de toda la fortaleza y valor que cabe en un alma. Porque el piloto que dentro del puerto se está sentado sobre el timón, no ha dado todavía prueba suficiente de su pericia; mas el que en alta mar y en medio de la tormenta logra salvar la nave, ése, ése es el que la voz unánime proclama como perfecto piloto. Que no nos vengan, pues, a ponderar como cosa del otro mundo la virtud del monje, por el hecho de que viviendo solo consigo no se turba ni comete muchos y grandes pecados, pues tampoco tiene grandes ocasiones que le azucen y despierten el alma. Mas el que entregándose a muchedumbres enteras y obligado a llevar sobre sí los pecados de todos, permanece incommovible y firme, llevando el timón de su alma en medio de la tormenta como si estuviera en la calma del puerto, ése sí que merece que todo el mundo le aplauda y admire. Ese sí que dio prueba más que sobrada del valor de su alma.

La soledad refugio del Crisóstomo.

Ni tú siquiera debes, por tanto, admirarte que habiendo yo huido de la pública plaza y del trato con las gentes, no tenga ahora muchos acusadores, pues no es cosa para admirarse que durmiendo no peque, no luchando no caiga, y no entrando en la batalla no sea herido. Porque, ¿quién, dime, quién podrá publicar y revelar mi maldad? ¿Acaso este techo y esta habitación? Mudos son que no pueden articular una palabra. ¿Mi madre quizá, que sabe mejor que nadie todas mis cosas? Mas con ella es con quien tengo menos trato, y nunca, por lo demás, hubo entre los dos contienda de ninguna clase. Y en todo caso, no hay madre tan desamorada y cruel con sus hijos, que al mismo que parió y crió y educó lo vaya luego a maltratar y calumniar delante de todo el mundo, sin que haya motivo ni la fuerce nadie a ello.

Examen de conciencia.

Y, sin embargo, si cuidadosamente examino mi alma hallo en ella más de un punto flaco y no eres tú el que menos los conoces, a pesar de tu costumbre de levantarme por las nubes con tus alabanzas delante de todos. Y que no hablo yo ahora por alarde de modestia, no tienes más que recordar, para convencerte, lo que muchas veces te dije cuando tratábamos de este asunto, a saber: Que si me dieran a escoger dónde preferiría distinguirme, en el gobierno de la Iglesia o en la vida monacal, por mi gusto escogería mil veces antes lo primero que lo segundo. Jamás, en efecto, me cansaba de ponderarte la felicidad de los que dignamente desempeñan ese ministerio. Ahora bien, nadie me negará, que de haberme tenido por idóneo, yo no hubiera huido lo que tenía por cosa feliz. Mas, ¡qué le vamos a hacer! Nada encuentro yo más inútil para todo ministerio de la Iglesia que esta inercia y pereza mía, que otros tienen por no sé qué estúpida ascesis, pero que a mí me sirve sólo de manto y capa de mi propia maldad, cubriendo con ella la mayor parte de mis defectos y no consintiéndoles que salgan a pública luz.

Peligros del salto brusco de la soledad a la acción.

El que está acostumbrado a gozar de tan grande ocio y vivir tranquilamente, si de pronto se entrega a la acción, aun cuando esté dotado de cualidades superiores, se turba y alborota, y su falta de adiestramiento le resta no pequeña parte de su capacidad y talento. Pues pon ahora juntos una mente tarda y una lengua inexperta en tales discursos y certámenes, como es ni más ni menos mi caso, y convendrás que haber aceptado ese ministerio fuera cosa equivalente a encomendárselo a las piedras. El hecho es que de los que venidos de la palestra del yermo, bajaron a la arena de estos combates del ministerio sacerdotal, pocos son los que brillan en él. La mayor parte no hacen sino poner de manifiesto lo que son, y fracasan, después de sufrir muchos y graves sinsabores. Y nada tiene ello de extraño; pues cuando hay que luchar en cosa distinta de la que uno ejercitó, tanto vale como no haberse ejercitado en nada. El que entra en este estadio de la vida sacerdotal, tiene que tener, sobre todo, la honra debajo de los pies, dominar su ira, estar lleno de superior prudencia; mas todo eso, de suyo, no entra en los ejercicios del que vive vida solitaria.

Pues ni tiene muchos que le irriten, con lo que pudiera ensayarse en refrenar los ímpetus de ira; ni hay quien le halague y aplauda, y así adiestrarse en despreciar las alabanzas de las gentes; ni, finalmente, es mucho lo que los monjes tratan de la prudencia que requiere el gobierno de las Iglesias. De donde resulta, que al entrar luego en este género de combates, de que no han adquirido experiencia, se atolondran, pierden la cabeza, caen en mil perplejidades y no sólo no adelantan en la virtud, sino que muchos pierden con frecuencia la que trajeron al venir.

Objeción de Basilio.

Basilio.— ¿Pues qué? ¿Es que vamos a poner al frente de la Iglesia a los que viven en pleno mundo, muy afanados en sus negocios seculares, muy curtidos en estas luchas y recriminaciones, muy hábiles en las artes infinitas del vivir, muy hechos a los placeres?

Crisóstomo.— ¡No digas barbaridades, oh bienhadado amigo mío! Ni por el pensamiento nos han de pasar esos tales cuando de la elección de sacerdotes se trate. A quienes hay que escoger es a los que, aun tratando con todos y viviendo en medio del mundo, son capaces de conservar intactas e inmovibles con más cuidado que los mismos monjes, la pureza y la paz, la santidad, la continencia, la sobriedad y todas las demás virtudes de los monjes. Porque hay quien está lleno de defectos que la soledad cubre, o que no tratando con nadie no pasan a hechos; mas si salen al público, no consiguen otra cosa que hacerse ridículos y exponerse a mayores peligros. Todo lo cual estuvo a punto de acontecerme a mí, si la providencia de Dios no hubiera prontamente apagado el fuego de mi cabeza.

La ciudad sobre el monte.

No es posible que el que está puesto sobre el candelero oculte sus defectos, sino que entonces se muestra lo que es, y como el fuego prueba los metales, así la vida sacerdotal es la prueba de fuego que discrimina las almas de los hombres. Todo lo revela, no hay defecto que no quede muy pronto al desnudo: la ira, la pusilanimidad, la ambición, la arrogancia y cualquiera otro que tenga. Y no sólo los

revela, sino que los agrava y encona. Las heridas del cuerpo, cuanto más se manosean, más se enconan. Lo mismo las pasiones del alma. Cuanto más se las azuza e irrita, más fieras se vuelven y a mayores pecados arrastran a los que están dominados por ellas. A poco que el sacerdote deje de vigilar sobre sí, levántanle sus pasiones al amor de la gloria, a la arrogancia, a la avaricia; o bien, le arrastran a la molicie, a la flojedad y pereza; y así, poco a poco, le irán conduciendo a mayores males que de los anteriores se engendran. Porque muchos son los obstáculos que pueden menoscabar la perfección del alma y torcerla del camino derecho; y el primero de todos, las conversaciones con mujeres.

Vigilancia en el trato de mujeres.

Porque no cabe que el prelado, pastor que ha de cuidar de todo su rebaño, atienda muy solícito a los hombres y descuide a las mujeres, siendo precisamente esta la porción que necesita más vigilancia, por ser más resbaladizas al pecado. Es necesario, en efecto, visitarlas cuando están enfermas, consolarlas en sus decaimientos, ayudarlas en sus tribulaciones. Mas en todo esto, si el sacerdote no se amuralla con cuidadosa vigilancia, puede el maligno hallar muchos resquicios por donde meterse, pues no sólo hiere y perturba la mirada de la impúdica, sino también la de la recatada; sus halagos ablandan y sus favores esclavizan. En fin, la caridad ardiente, que es principio de todos los bienes, se convierte, para los que no usan bien de ella, en causa de innumerables males.

Otros obstáculos y pasiones.

Otras veces, las constantes preocupaciones embotan la agudeza de la mente y hacen sus alas más pesadas que el plomo, o ya sobreviene un arrebató de ira, y se apodera como una humareda de todo el interior del alma. Y ¿quién podrá contar los daños de la tristeza, las injurias que hay que sufrir, las molestias, las críticas, unas veces de superiores, otras de inferiores, ora de prudentes, ora de necios? Y son éstos precisamente, incapaces de todo recto juicio, los más dados a la murmuración y gente que no admite fácilmente las explicaciones.

No desdeñe ninguna sospecha.

Y, sin embargo, ni aun a los necios ha de desdeñar el prelado que quiere cumplir debidamente su cargo, sino que a todos ha de dar explicación sobre aquello de que se le acuse, con gran modestia y mansedumbre, perdonando más bien la crítica irracional que no indignándose e irritándose por ella. Porque si San Pablo temió incurrir con sus discípulos en sospecha de hurto y por eso tomó consigo a otros para la administración del dinero: “No sea —dice él mismo— que alguno tenga que reprocharnos algo en esta plenitud que estamos administrando” (2 Cor. 8, 20); ¿cómo no hacer nosotros todo lo que esté de nuestra parte para alejar toda mala sospecha, por muy mentirosa e irracional que sea y por muy lejos que pueda estar del concepto que de nosotros se tiene? De ningún pecado estamos nosotros tan lejos como Pablo del hurto. Y, sin embargo, no por estar tan lejos de acción tan villana, dejó de atender a lo que el vulgo pudiera sospechar. Sospecha, por cierto, sobremanera absurda y loca, pues locura fuera pensar nada semejante de aquel hombre bienaventurado y admirable. Pues con todo eso, previene el Apóstol y corta de raíz una sospecha tan absurda y que sólo un loco pudiera concebir, y no despreció la locura del vulgo, diciendo: “¿A quién puede ocurrírsele una cosa así sobre mí, siendo así que todos me veneran y admiran por mis milagros y la santidad de mi vida?” Sino todo lo contrario, previó y esperó esa mala sospecha y la arrancó de cuajo, o por mejor decir, no dejó ni siquiera que brotara desde el principio. ¿Por qué esa conducta? “Porque prevenimos —dice— el bien, no sólo delante de Dios, sino también delante de los hombres” (Rom. 12, 17). Tan grande empeño se requiere, o mayor si cabe, no sólo para deshacer la mala opinión ya nacida, sino para prever, tomando el agua de muy arriba, de dónde pueden originarse, y cortar de antemano todo pretexto que pueda dar lugar a ellas, y no esperar a que se levanten y corran ya en lenguas de las gentes; pues en este caso, ni es ya fácil atajarlas, sino muy difícil y quizá imposible, ni de conseguirlo, cosa que ya no se hará sin daño de muchos, será sin detrimento nuestro. Mas ¿a qué seguir enumerando lo que no tiene término? Porque querer contar una por una todas las dificultades que hay en el ministerio de las almas sería pretender medir la profundidad del océano. Había de estar el sacerdote limpio de toda pasión (cosa que raya en lo imposible) y aun así tendría que sufrir, para corregir las faltas de los demás, dificultades sin cuento.

Pues si a las ajenas enfermedades se añaden las propias, asómate a contemplar el abismo de trabajos y preocupaciones, el cúmulo de sufrimientos que ha de soportar el que ha de vencer los males ajenos y propios.

No es gran hazaña salvarse solo a sí mismo.

Basilio.— Por cierto que tú ahora, atenido sólo a ti mismo, poco trabajo y preocupaciones has de tener.

Crisóstomo.— También ahora las tengo. Porque ¿cómo puede ser que siendo hombre y viviendo esta trabajosísima vida humana, haya nadie libre de cuidados y de lucha? Mas no es lo mismo lanzarse al océano inmenso que ir bordeando con la navecilla la orilla de un río; y esta es, en efecto, la diferencia que va de unos a otros cuidados. Porque si yo me sintiera ahora capaz de aprovechar a otros, te aseguro que yo mismo lo quisiera, y obra tal sería objeto de mis ardientes votos; mas ya que eso no pueda, séame al menos concedido escapar de la tormenta y salvarme a mí mismo, y con eso me daré por más que contento.

Basilio.— Con que ¿eso tienes tú por grande hazaña? Pero ¿es que piensas que puedes en absoluto salvarte a ti mismo, si no procuras ser útil a los demás?

No se salva a sí mismo quien no trabaja por salvar a los otros.

Crisóstomo.— Muy bien y muy certeramente has apuntado, pues ni yo mismo puedo creer que pueda salvarse el que nada trabaja por la salvación de su prójimo. Ejemplo tenemos en aquel miserable del Evangelio, a quien de nada le valió no haber menguado el talento que recibió, sino que fue condenado por no haber granjeado con él y presentándolo duplicado. Sin embargo, creo, por otra parte, que será más suave el castigo si me condenan por no haber salvado a los demás, que no si me han de castigar por haberme perdido a mí y a los otros, volviéndome mucho peor después de recibida tan grande dignidad. Porque ahora puedo creer que el castigo será proporcionado a solos mis pecados; mas después de recibir la dignidad sacerdotal, no sólo sería doble y triple, sino multiplicado por el número de aquellos

a quienes hubiere escandalizado, y por la ingratitud de ofender, después de recibido ese honor, al mismo Dios que me lo concediera. Por esto precisamente acusa el señor con más vehemencia a los israelitas y les hace ver que merecen mayor castigo, por haber pecado después de recibidas de El tantas distinciones y honores. Y así una vez les dice: “Sin embargo, a vosotros os conocí de entre todas las tribus de la tierra; por lo mismo, sobre vosotros vengaré todas vuestras impiedades” (Amós, 2, 11).

Mayor gravedad del pecado de los sacerdotes.

Y aun antes de los profetas, queriendo darnos a entender por los mismos sacrificios que los pecados de los sacerdotes merecen mucho mayor castigo que los de los particulares, ordena el Señor que se ofrezca por ellos un sacrificio igual al que se ofrece por el pueblo entero (Lev. 3, 3-14). Lo cual es como decir que las heridas del sacerdote requieren mayor auxilio, y tanto cuanto las de todo el pueblo junto; y claro está que no le requirieran, si no fueran más graves. Ahora bien, no son ellas de por sí más graves, sino que resultan tales por razón de la dignidad del sacerdote que se atreve a cometerlas. Mas ¿qué digo los hombres que ejercen este servicio? Las mismas hijas de los sacerdotes, que nada tienen que ver con el sacerdocio, por razón de la dignidad de sus padres, son más gravemente castigadas por los mismos pecados que las demás (Lev. 21, 9). Y, sin embargo, la falta es la misma en un caso, que en el de las hijas de los particulares, pues en ambos se trata de fornicación; mas el castigo es más duro en unas que en otras. ¿Ves cuán copiosamente nos da Dios a entender que ha de infligir mayor castigo al que manda que a sus subordinados? Porque si Dios castiga más gravemente a la hija del sacerdote por la dignidad del sacerdote, al que es causa de ese aumento de tormento para su hija, no le va a dejar con un castigo menor que al común de las gentes, sino que se le impondrá mucho mayor y muy justamente. Porque el pecado del sacerdote no le daña a él solo, sino que derriba las almas de los débiles que tienen los ojos puestos en él. Queriendo significarnos esto mismo, Ezequiel (34, 17) pone aparte el juicio de los carneros y de las ovejas.

Vida quieta de Crisóstomo.

¿No te parece, después de lo dicho, que tuve razón de temer como temí? Pues aparte de todo eso, si es cierto que aun ahora necesito de mucho esfuerzo para no ser totalmente vencido de mis pasiones, sin embargo resisto los trabajos y no rehuyo el combate. Cierto que aun ahora me domina la vanagloria; pero muchas veces vuelvo sobre mí, y, a lo menos, reconozco que fui vencido y hasta en ocasiones increpo a mi alma por dejarse esclavizar de la pasión. Aun ahora me acometen deseos absurdos; mas levantan sólo una llama mortecina, pues mis ojos no pueden tomar de fuera materia combustible para alimentar el fuego de la pasión. En cuanto a hablar de otros o escuchar a quien habla, véome absolutamente libre de ello, pues no tengo nadie con quien hablar; ya que estas paredes no hay peligro de que suelten su lengua. No puedo decir lo mismo respecto de huir la ira, a pesar de que tampoco tengo nadie que aquí me irrite. Porque me basta recordar a hombres inicuos y las cosas que han hecho, para que se me hinche el pecho, si bien la cosa no llega a más, pues muy pronto vuelve a desinflarse y logro persuadirle que se esté quieto con la sola consideración de que es harta desgracia y colmo de miseria descuidar los propios males y andarse por ahí a remediar los ajenos.

Temor a la vida pública.

Mas si yo me lanzo a la muchedumbre y soy presa de las infinitas turbaciones que esa vida trae consigo, ya no podré gozar de esta interior amonestación ni hallar estos razonamientos que ahora me llevan a la virtud como de la mano, sino que como los que son arrastrados por la corriente a un precipicio o por cualquier otra fuerza empujados a su ruina, prevén muy bien la perdición a que han de ir a parar, pero no pueden pensar en socorro de ninguna clase; así yo, si me lanzo al tumulto de mis pasiones, no cabe duda que me daré cuenta del castigo que día a día se me irá acumulando, mas ya no me será tan fácil como ahora atender a mí mismo, y sofrenar estas pasiones que por todas partes me acometen.

Confesión de la propia flaqueza.

Porque quiero que sepas que yo tengo un alma muy débil y pequeña y que fácilmente puede ser presa no sólo de las pasiones susodichas, sino de la más amarga de todas, que es la envidia; un alma, te repito, que no sabe llevar moderadamente ni las honras ni las injurias, sino que aquéllas la exaltan desmesuradamente y éstas la abaten hasta lo profundo. Así, pues, lo mismo que las bestias feroces, si están robustas y bien cebadas vencen a los que luchan con ellas, sobre todo si por añadidura el que lucha es flaco e inexperto; mas debilitándolas por hambre, se adormece su furor y se apaga casi toda su fuerza y puede ya cualquiera, aun sin gran valor, competir con ellas; así pasa con las pasiones del alma: El que las debilita, las hace sumisas a la recta razón; mas el que cuidadosamente las ceba, no hace otra cosa que prepararse una guerra más difícil contra ellas y tan terribles pueden volvérselo que le obligan a vivir como cobarde esclavo suyo por toda su vida. Ahora bien, ¿cuál es el alimento de estas bestias fieras? De la vanagloria lo son las honras y alabanzas; de la soberbia, la grandeza del poder y autoridad; de la envidia, la reputación y éxitos del prójimo; de la avaricia, la largueza de los que dan; de la lujuria, la molicie y los tratos frecuentes con mujeres; y así de las demás. Todo este escuadrón me atacaría furiosamente si yo saliera al mundo, y despedazarían mi alma y tendría que sostener contra ellas guerra cada vez más difícil. Aun retirado aquí, hará falta Dios y ayuda para que se me sometan; pero, en fin, se me someterán con la gracia de Dios y no podrán hacer otra cosa que dar aullidos. Por eso guardo esta casita, y vivo en ella sin que se me acerque nadie, sin comunicarme con nadie, sin conversar con nadie. Muchas otras censuras como las que tú dices sufro, las que con gusto rechazaría; mas no pudiendo hacerlo, me quedo con mi amargura y mi dolor, porque no es hacedero para mí darme a la conversación con los demás y juntamente permanecer en esta seguridad en que ahora vivo. Por lo cual, aun a ti tengo que suplicarte que antes bien compadezcas al que en tanta dificultad está sumido que no que le calumnies.

Ultima confidencia de Crisóstomo.

Mas ¿será posible que no logre aún persuadirte? Luego hora es ya de que te revele el único secreto que me queda por decirte. A muchos

parecerá quizá increíble; mas yo no me avergonzaré de publicarlo. Porque si es cierto que lo que voy a decir puede argüir mala conciencia y pecados sin cuento, sin embargo, sabiéndolo todo exactamente aquel Dios que me ha de juzgar, ¿qué se me importa de lo que pueda venirme de la ignorancia de los hombres? ¿Cuál es, pues, finalmente ese secreto? Pues que desde el día mismo que me sugeriste la sospecha de lo que con nosotros quería hacerse, mi cuerpo estuvo muchas veces a punto de deshacerse totalmente. Tal fue el terror, tal la tristeza que se apoderó de mi alma. Porque considerando la gloria de la Esposa de Cristo, su santidad, su espiritual hermosura, su prudencia, su ornato; y comparando luego mis propias miserias, no cesaba de llorar por ella y lamentarme por mí, y así suspirando y perplejo, continuamente me decía a mí mismo: ¿Quién pudo ser el que tomó esta resolución? ¿Qué tan gran pecado cometió la Iglesia de Dios? ¿Cómo pudo en tanto grado irritar a su Señor, que fuera entregada a mí, el más ignominioso de los hombres, y tenga ella que sufrir tamaña infamia? Revolviendo todo esto muchas veces conmigo mismo y no pudiendo soportar ni el pensamiento de cosa tan absurda, andaba con la boca abierta como los bobos, sin poder ver ni oír cosa ninguna, y cuando este estupor me abandonaba (pues, en efecto, a ratos también cedía) sucedíanse las lágrimas y las tristezas, y tras hartarme de llorar, otra vez el temor venía a turbar, alborotar y agitar mi mente. En medio de esa tormenta he vivido todo el tiempo pasado, sin que tú lo sospecharas y cuando tal vez creías que estaba yo gozando de mayor tranquilidad.

Tormenta del alma de Crisóstomo.

Mas ahora voy a intentar revelarte toda la tormenta porque para mi alma, a ver si así me perdonas y dejas ya de acusarme. ¿Cómo, pues, cómo revelártela? Si quisieras verla clara y cabalmente, no tendría otro remedio que abrirte mi pecho y mirar allí desnudo mi propio corazón; mas ya que esto no sea posible, intentaré por una comparación, aunque oscura, manifestarte, en cuanto yo alcance, el humo sólo de mi tristeza, a fin de que por la imagen colijas cuál sería la realidad. Supongamos que le fue prometida a uno en matrimonio la hija de un rey que domina todo lo descubierto de la tierra. Era esta doncella de tan indecible belleza que superaba la misma naturaleza humana. Toda

otra mujer quedaba a inmensa distancia de ella. Era, además, de tal virtud, que en ella se adelanta con mucho a todo el linaje de los varones, presentes y por venir; de tal suavidad de carácter, que traspasa todos los límites de la filosofía; y, finalmente, con ser su cuerpo todo hermoso, queda oscurecido ante la simpar hermosura de su cara. Por todas estas prendas y otras que no digo, sufre su amante por ella tal locura de amor, como no la sufrió enamorado en el mundo. Pues ahora pensemos que quién así arde de amor, oye decir no sé cómo ni por dónde que aquella maravillosa doncella, su prometida, iba a casarse con un hombre vulgar y plebeyo, sin nobleza de alma y estropeado de cuerpo, el más desastrado, en fin, de los seres que habitan el mundo... ¿No crees que con lo dicho te he representado bastante parte de mi dolor y que no habré de llevar adelante la comparación? Por lo que a la tristeza se refiere, pienso que basta, y sólo con ese fin te la puse. Otra voy a ponerte para darte a entender mi temor y mi estupor.

Pintura de dos ejércitos.

Imaginemos un campamento compuesto de soldados de infantería, caballería y de marina. El número de las trirremes cubre la mar, las líneas de infantería y los batallones de caballería llenan las llanuras y ocultan las cimas de los montes; refulge al sol el bronce de las armas, y en los cascos y escudos reverberan sus rayos; el estruendo de las lanzas y el relincho de los caballos llega al mismo cielo. Ni mar ni tierra por parte alguna, sólo bronce y hierro por doquiera. Los enemigos, hombres fieros y crueles, están ya ordenados unos frente a otros. El momento del choque está para llegar. Ahora, pues, suponte que de pronto echamos mano de un pobre muchacho campesino, que no sabe más que tocar su caramillo y manejar su bastón y armándolo de todas las armas, le vamos paseando por todo el campamento y le mostramos los escuadrones y sus capitanes, arqueros, honderos, comandantes y generales, infantería pesada, caballería, ballesteros, trirremes, comandantes de marina, soldados acorazados en ellas, la muchedumbre de máquinas de guerra de que están provistas las naves... Juntamente le mostraremos el orden de batalla de los enemigos, sus espantables caras, su vario apresto de guerra, su muchedumbre infinita, los barrancos, precipicios y escabrosidades de los montes. Y por si esto fuera poco, hagámosle ver al pobre muchacho en el campo enemigo

caballos que vienen volando por arte de magia y hoplitas que son trasladados por el aire; y, finalmente, toda la fuerza y formas de la magia y brujería. Le iremos contando una por una todas las desgracias de la guerra, nubes de proyectiles, granizada de dardos, la oscuridad y sombra que proyectan, aquella oscurísima noche que originan, cuando por su muchedumbre y espesor no dejan pasar los rayos del sol; el polvo que ciega los ojos no menos que la oscuridad de la noche; los torrentes de sangre que corren; los gemidos de los que caen; los alaridos de los que aún están en pie; los montones de cadáveres; ruedas de carros bañadas en sangre; caballos y jinetes cayendo de bruces por entre la muchedumbre de los muertos; la tierra que todo esto recoge confusamente, sangre, arcos y dardos, pezuñas de caballos revueltas con cabezas humanas, rodillas y pechos cortados, sesos pegados a las espadas, puntas de dardos rotos con un ojo clavado en ellas... Y ahora pasamos a los sufrimientos de la guerra marítima: las trirremes que vienen a chocar en medio de las aguas, o que se hunden con los mismos hoplitas que llevan; el estruendo de las olas, el tumulto de la marinería, la grito de los soldados, la espuma revuelta de sangre y olas, que juntamente penetran en las embarcaciones, los cadáveres sobre las cubiertas del navío, los que se van al fondo, los que sobrenadan, los que el oleaje arroja luego a las playas, los que quedan inmersos en las aguas y cierran el paso a las naves. Y después de haberle explicado bien explicadas todas las tragedias de la guerra, aun nos queda por contarle los sufrimientos del cautiverio, y aquella esclavitud más dura que cualquier muerte. Dicho todo esto, le mandamos al pobre muchacho campesino montar a caballo y ponerse al frente de todo el ejército. ¿No te parece que no podría resistir ni la explicación de tantos horrores y que expiraría de espanto a la vista de aquel espectáculo?

Milicia es la vida del hombre.

Y no vayas a creer que con mi discurso he exagerado la cosa, ni porque estemos encerrados en el cuerpo como en una cárcel y no podamos ver lo invisible, tengas por grande nada de lo dicho. Porque si con esos ojos de la cara te fuera concedido ver el tenebrosísimo ejército que acaudilla Satanás y la furia con que nos acomete, comprenderías que es más terrible esta guerra del espíritu que la otra

guerra material. No hay en esta guerra bronce ni hierro, ni caballería ni carros, ni ruedas, ni fuego, ni dardos, cosas todas visibles, sino otras máquinas de guerra más terroríficas que todo eso. Estos enemigos no tienen necesidad de armarse de coraza y escudo, ni de espadas y lanzas. La sola vista de aquel maldito ejército basta para inmovilizar al alma, si no es muy noble y generosa y a su mucho valor no se añade también mucha y especial providencia de Dios. Y si nos fuera posible desnudarnos de este cuerpo, o con el mismo cuerpo contemplar clara y distintamente con nuestros propios ojos el orden de batalla de aquel ejército, sin que el espanto nos cegara, y la guerra que nos hace, no verías ciertamente torrentes de sangre, ni montones de cadáveres sino ruinas tan grandes de almas y tan graves heridas, que toda aquella descripción que antes te hice de la guerra te parecería puro juego de niños antes que guerra. Tantos son los que cada día caen heridos. Y estas heridas no producen muerte igual en una y otra guerra, sino que, cuanto va del alma al cuerpo, tal es la diferencia de una muerte a otra. Pues cuando un alma recibe una herida y cae, no queda insensible como el cuerpo, sino que desde aquel momento empieza a ser atormentada por el remordimiento de su mala conciencia, y después de salir de este mundo y ser juzgada, es entregada a castigo inmortal. Mas si, en efecto, hay un alma que quede insensible a los golpes del enemigo, el mal que de esa insensibilidad se le sigue, será mucho mayor; pues el que no siente remordimiento por el primer golpe, fácilmente recibirá el segundo y después de éste, otro, ya que aquel maldito apenas ve un alma en el suelo y que no hace caso de los primeros golpes, sigue descargando sobre ella hasta que exhala el último aliento.

Táctica y fuerza del enemigo.

Pues si consideramos la manera de atacarnos, verás que es ésta más violenta y varia que en ninguna otra guerra. Nadie sabe tantos géneros de robos y engaños como aquel maldito; nadie abriga odio tan implacable contra sus más encarnizados enemigos como el que tiene el demonio malvado contra la naturaleza humana. Y si miramos el furor con que nos combate, toda comparación con los hombres resultaría ridícula. Las fieras más feroces y sanguinarias comparadas con la furia de nuestro enemigo, nos resultarán unos animalitos man-

sos e inofensivos. Tal es la rabia que respira el demonio cuando ataca nuestras almas. Y todavía en la guerra humana, el tiempo de la lucha es corto, y aun dentro de ese mismo tiempo, caben muchas treguas. Viene la noche, se cansa el brazo de matar, hay que pensar en comer, y hay, finalmente, muchas otras circunstancias en que naturalmente descansa el soldado. Puede quitarse las armas, respira un poco, se refrigera con la comida y bebida y vuelve, por esos y otros medios, a recobrar las fuerzas perdidas. Mas en la guerra contra el maligno no es posible deponer las armas jamás, y el que no quiera recibir una herida, tiene que estar constantemente alerta. No hay otro remedio sino escoger entre caer y morir despojado de las armas o estar constantemente armado y sin dormir. Porque él está siempre a punto con su ejército en orden de batalla, observando cualquier descuido nuestro, poniendo más empeño en nuestra perdición que nosotros en nuestra misma salvación. Y lo que hace más incierta esta guerra que la otra y es causa de infinitos males para los que no están muy alerta, es que no vemos al enemigo y nos puede atacar inopinadamente en cualquier momento.

El Crisóstomo no se siente con ánimo para capitán de esta guerra.

¿Y en esta guerra querías tú que fuera yo general de los soldados de Cristo? Esto hubiera sido como ponerse al servicio del mismo diablo. Porque si el que debía mandar y dirigir a los demás es el más inexperto y flaco de todos y por su inexperiencia traiciona a los que le son encomendados, eso más sería ser general del demonio que no de Cristo... Mas ¿por qué gimes y te pones a llorar? Porque mi situación no es para llorarse, sino de alegría y regocijo.

Basilio.— La tuya, sin duda que sí; mas no así la mía, sino digna de llantos infinitos, pues, en efecto, apenas si hasta ahora me había podido dar cuenta de los males a que me has llevado. Yo vine a ti porque necesitaba saber qué debía responder en favor tuyo a los que te acusaban, y ahora me despachas cargándome una preocupación en lugar de la otra. Ahora, en efecto, poco se me importa ya lo que tenga que responder a los demás en favor tuyo, sino qué responderé ante Dios por mí y por mis males. Mas ruégote y suplico, si hay en ti algún interés por mí, si hay algún consuelo en Cristo, si hay aliento de caridad, si hay entrañas de compasión (Phil. 2, 1), pues sabes que tú

más que nadie me has traído a este peligro, tiéndeme tu mano y levántame cuanto puedas con tus obras y palabras. No me abandones, por favor, ni un solo momento y ahora más que nunca tengamos trato y vida común.

Despedida de amigos.

Crisóstomo.— Sonriendo yo entonces, ¿en qué puedo —le dije—, en qué puedo serte de provecho en la carga de tan graves asuntos? Sin embargo, pues tú gustas de ello, ten buen ánimo, oh amigo querido, pues todo aquel tiempo que los cuidados de tu ministerio pastoral te consientan un respiro, me tendrás a tu lado y te consolaré y nada omitiré de cuanto en mi mano estuviere hacer por ti.

A esto, rompiendo a llorar con más fuerza, levantóse, y yo, habiéndole abrazado y besado en la frente, le fui acompañando y animando a sobrellevar con valor lo sucedido. Porque confío —le dije— en Cristo, que te ha llamado y te ha encomendado sus propias ovejas, que has de ganar tanto en este ministerio, que aun a mí, que en aquel día he de correr peligro, tú me recibas en los eternos tabernáculos.

FIN